

Casi no escuchó lo que le decían, concentrado en el movimiento de la cuchara en el pocillo de café. Detestaba a su jefe y el contador parecía simplemente una serpiente obsecuente y letal.

Sólo se dedicó a asentir con la cabeza y se retiró saludando de espaldas. Su jefe y el contador se miraron sin entender qué le pasaba a Julián, tal vez un mal día, aunque no le conocían un día bueno.

Comió solo, en su escritorio, y descansó su penitencia en los ojos de Silvia, que pasó a su lado rumbo a la salida. Aquella mujer era, tal vez, la única persona que justificaba cada día en esa empresa.

La tarde la dedicó al archivo. Nadie iba por lo general al salón repleto de ficheros y podía evitar cualquier mirada que le hiciera perder aquel juego en la primera jornada. No podía dejar de sentirse dichoso por cada hora que pasaba, cada pequeña victoria era una revancha que le llenaba el pecho.

Volvió a su casa caminando, como siempre, incomodando a la gente con un desborde de miradas directas.

Dejó su saco sobre la silla del recibidor, pasó junto a la mesa y observó el calendario con una sonrisa triunfal.

Esa noche durmió serenamente, aquel juego lo había devuelto a la vida.

Al día siguiente se despertó con inusitada energía, pasó por el comedor rumbo a la cocina y se detuvo en seco. Giró despacio su cuerpo hacia la mesa del comedor y pudo ver claramente cómo la pequeña figura de miga de pan se encontraba de pie, en el cuatro de agosto.

No recordaba haberla puesto allí, se suponía que movería la pieza recién hoy después de tirar el dado.

Pronto abandonó aquel estupor inicial, confiado en que la emoción del día anterior le había hecho olvidar ese detalle.

